

Tercera parte

CRECIENDO COMO INDIO

Un líder fuerte muestra clemencia

Capítulo 13

Como la mayoría de los indios, tengo varios nombres. A la Manera India, los nombres le llegan a uno en el transcurso de la vida, no solo cuando nace. Algunos llegan en ceremonias de la niñez, otros se reciben en ocasiones especiales en el decurso de la vida. Cada nombre le da a uno un nuevo sentido de sí mismo y de sus propias posibilidades. Y cada nombre le da a uno algo a que hacer honor y señala la dirección que se espera tome uno en esta vida. Uno de mis nombres es Tate Wikuwa, que en lengua dakota significa “Viento que Persigue al Sol”. Ese nombre era de mi bisabuelo. Otro nombre, que me fue otorgado por mis hermanos nativos canadienses, es Gwarth-ee-lass, que significa “Él Guía al Pueblo”.

Hallo inspiración especial en ambos nombres. El primero representa, para mí, libertad total, una meta que incluso la mayoría de los que están fuera de los muros de la cárcel nunca alcanza. Cuando pienso en ese nombre, Viento que Persigue al Sol, me siento libre de corazón, capaz de fluir a través de los muros de piedra y barrotes de acero y montar el viento bajo la pura luz del sol hacia el Mundo Celeste. No hay muros, barrotes, alambre de púas que puedan impedirme hacerlo. Y el segundo nombre, Él Guía al Pueblo, representa para mí un compromiso total, un objetivo por el cual lucho incluso dentro de estos muros, extendiendo la mano como puedo para ayudar a mi pueblo.

Quizá parezca presuntuoso, incluso absurdo, que un hombre como yo, con dos cadenas perpetuas, hable de guiar a su pueblo. Pero, como Nelson Mandela, uno nunca sabe cuándo será llamado súbita e inesperadamente. Él también sabe qué es estar sentado aquí en la cárcel, año tras año, década tras década. Trato de mantenerme listo por si algún día me necesitan. Trabajo en eso dentro de estos muros, con mis compañeros de cárcel, con mis partidarios de todo el mundo, con la gente de buena voluntad de todas partes. Un líder fuerte muestra clemencia. Transige por el bien de todos. Escucha a todas las partes y nunca toma decisiones apresuradas que puedan herir a la gente. Estoy poniendo todo mi empeño en ser la clase de líder que yo mismo pueda respetar.

Así, a nuestro modo, mis nombres me dicen a mí y a otros quién soy. Cada uno de mis nombres debe ser una inspiración para mí. Aquí en Leavenworth —de hecho, en cualquier lugar del sistema carcelario de los Estados Unidos— mi nombre oficial es *número 89637-132*. No hay en ello mucha imaginación o inspiración.

Mi nombre cristiano, aunque no me considero cristiano, es Leonard Peltier. El apellido es francés, de los viajeros y cazadores de pieles franceses que vinieron a nuestro país hace más de un siglo, y siento verdadero orgullo por esa sangre sagrada. El nombre es una abreviación de Pelletier, pero se pronuncia a la manera americana Pel-tier. Mi nombre de pila me lo puso mi abuela, quien decía que yo lloraba tan fuerte de bebido que parecía un “leoncito”. Me llamó Leonard, dijo, porque este nombre sonaba como “corazón de león”. No sé cómo se le ocurrió, pero años más tarde busqué en un diccionario de nombres y hallé que Leonard significa literalmente “corazón de león”.

Aunque mi línea de descendencia es predominantemente ojibway y sioux dakota, también me he casado en el pueblo sioux lakota y he sido adoptado en la forma tradicional por él. Todos los pueblos lakota/dakota/nakota, también conocidos como sioux, forman una gran nación de naciones. Los indios somos muchas naciones, pero un solo pueblo. Yo mismo fui criado en las reservas sioux y ojibway (chippewa) en la tierra que ustedes conocen como Estados Unidos de América.

Quisiera decir con toda sinceridad, y sin falta de respeto, que no me considero ciudadano americano. Soy nativo de la isla Great Turtle. Soy de los Ikce Wicasa, de la Gente Común, del Pueblo Original. Nuestra tierra sagrada está ocupada y ahora *todos* somos prisioneros, no solo yo.

Aún así, me gusta ser indio, a pesar de todas sus cargas y todas sus responsabilidades. Ser indio es mi mayor orgullo. Doy gracias a Wakan Tanka, el Gran Misterio, por haberme hecho indio. Amo a mi pueblo. Si deben acusarme de algo, acúsenme de eso: de ser indio. De ese delito, y solo de ese delito, me declaro culpable.

Mi delito es ser indio.
¿Cuál es el suyo?

CAPÍTULO 14

Cuando uno se cría como indio, aprende enseguida que el llamado Sueño Americano no es para uno. Para uno ese sueño es una pesadilla. Pregúntenle a cualquier muchacho indio: se pasea uno por la calle de cualquier pueblecito cercano a la reserva y de repente se acerca un policía blanco, lo agarra por los cabellos largos, lo empuja contra un carro, lo cachea, le da un buen par de bastonazos en las costillas y luego lo deja ir con un comentario desdeñoso de advertencia: “¡Cuidate, Tonto!”⁵ Esto no se lo hace a los muchachos blancos, solo a los indios. Se le puede oír al policía riendo entre dientes, encantado mientras uno se aleja cojeando, apretándose las costillas magulladas. Si uno pretende pasarse de listo al responderle cuando lo están fastidiando, va al calabozo. Hay que mantener a estos indiecitos en su lugar, saben.

La verdad es que en realidad nos necesitan. ¿Con quiénes llenarían sus cárceles y prisiones en lugares como las Dakotas y Nuevo México si no tuvieran indios? ¿Calculen cuantos policías y jueces y guardias y abogados se quedarían sin empleo si no hubiera indios que reprimir! Mantenemos el sistema en marcha. Ayudamos al sistema estadounidense de injusticia proporcionándole los delincuentes que necesita. Por lo menos ser carne de presidio es una razón de ser. La cárcel es la única universidad, la única escuela en que se enseña comportamiento social a muchos jóvenes indios. Lo mismo ocurre con los negros y los latinos. Los supuestos latinos, claro, que es como los blancos llaman a los indios que viven al sur del Río Grande. Los libros de los blancos dicen que en los Estados Unidos solo hay unos dos millones y medio de indios, pero hay más de 200 millones aquí mismo, en el Hemisferio Occidental, en las Américas, y cientos de millones de pueblos indígenas en esta Madre Tierra. Somos el Pueblo Original. Somos uno de los dedos de la mano del género humano. ¿Por qué no estamos representados en nuestras propias tierras y no

⁵ Tonto: Nombre del indio que acompañaba al Llanero Solitario.

tenemos escaño —o muchos escaños— en las Naciones Unidas? ¿Por qué solo se nos permite enviar delegados a cárceles y cementerios?

Por raro que parezca, los indios, aunque oprimidos por las mismas personas, a menudo acabamos peleando unos con otros por los pocos beneficios que nos quedan en la cárcel o en la sociedad en general. “¡Pónganlos unos contra otros y déjenlos que peleen mientras los estafamos!” Esa ha sido la estrategia del blanco durante quinientos años, ¡y le ha dado resultados magníficos! De modo que cuando uno se cría como indio no tiene que convertirse en delincuente, ya es delincuente. No conoce la inocencia jamás.

Crecí en un mundo así. Es un mundo que la mayoría de los blancos nunca ve y nunca conocerá. Al pasar en sus carros junto a una reserva india cuando están de vacaciones, para ver los cuatro rostros presidenciales que profanan la faz de la montaña sagrada que ellos llaman Monte Rushmore, nos miran embobados. No se detienen a decir “Hola”. No agitan la mano en señal de saludo. No sonrían. Nos miran embobados. “¡Miren! —indican los padres a sus hijos, señalándonos con el dedo cuando pasan de largo en sus brillantes carros—: “¡Un *indio!*”

CAPÍTULO 15

La gente pasa por la reserva y ve media docena de cacharros en el patio delantero de una familia india y mueve de un lado al otro la cabeza diciendo: “¿Cómo pueden vivir así esos indios sucios? ¿Por qué no se deshacen de todos esos cacharros?”

Quizás esa gente, que juzgan con tanta rapidez, no entiende las altas matemáticas de la pobreza. No se dan cuenta de que cuando uno no puede comprar un carro o repararlo en la agencia, tal vez necesite seis u ocho cacharros en el patio para mantener un cacharro en la carretera. Esos patios de cacharros tienen un valor especial a los ojos de los indios: son la fuente de ese casi sagrado artículo de primera necesidad difícil de obtener en tierras indias: el transporte. Sin ruedas está uno totalmente aislado en las vacías distancias de la reserva. Cuando el único carro de la familia que está funcionando se rompe, uno de esos viejos cacharros del patio puede suministrar la pieza que precisamente se necesita para que papá pueda hacer las setenta millas hasta el pueblo cada día a su servil empleo y ayudar a alimentar a su casi siempre hambrienta familia. Para tales familias, esos cacharros del patio representan la supervivencia.

Además, con frecuencia hay una vieja tía que duerme, o incluso vive, en esos viejos trastos. Y, si se abre el maletero o la guantera, muchas veces se verán hileras amorosamente ordenadas, como joyas finas, de maíz y frijoles, salvia y albahaca. Hay poesía en esos depósitos de chatarra. Esos viejos cacharros pueden contener cosas sagradas en sus oxidados interiores. Un poco como nosotros los indios. Recuerden eso la próxima vez que pasen por una reserva y vean esos cacharros en el patio. También son sagrados.

CAPÍTULO 16

Nací el 12 de septiembre de 1944 en Grand Forks, Dakota del Norte. Mi padre, Leo, era tres cuartos chippewa (ojibway) y, siempre nos decía, un cuarto francés. Mi madre, Alvina Showers, era de madre sioux dakota y padre chippewa. Cuando yo tenía cuatro años, mis padres se separaron y luego se divorciaron y mi hermana Betty Ann y yo fuimos a vivir con los padres de mi padre, Alez y Mary Dubois-Peltier, en la reserva de Turtle Mountain, a unas cuatro millas al norte de Belcourt, Dakota del Norte. En el Modo de Vida Indio, son los abuelos quienes muchas veces crían a los nietos. Esa es en parte la causa de que honremos a nuestros ancianos. A nuestra manera, cuando envejecemos pasamos a ser ancianos... y eso es algo que se espera con ansias toda la vida. De modo que el hecho de que mis abuelos me criaran —los pequeños los llamamos “ abue” — fue una de las cosas verdaderamente bellas de mi vida. Abuela me enseñó viejas canciones y cuentos e incluso algo de medicina. Abuelo me llevaba a cazar, me enseñaba a hacer cosas, a sobrevivir solo en el monte.

De niño aprendí a hablar *métis*, mezcla de francés e indio, además de inglés y también algunas palabras de sioux, ojibway y francés. Como cada lengua le da a uno una visión distinta de la realidad, pronto vi que había muchas realidades a las que debíamos hacer frente en esta vida, la mayoría desagradables.

En aquel momento, nuestra familia trabajaba en los campos de papas y en la temporada de cosecha migraban de la reserva al valle del Red River. Las papas se recogían a mano y se recibían solo entre 8 y 10 centavos el bushel.⁶ Mi tarea de pequeño era correr delante y aflojar las papas sacudiéndolas para que los demás pudieran recogerlas con mayor rapidez. En aquel tiempo vivíamos en una casita de troncos de unos veinte por quince pies, sin agua o electricidad. Traíamos el agua de un manantial o pozo distante. Cortábamos y transportábamos la madera para cocinar y para darnos calor. Trabajé muchas

⁶ Bushel: Medida de áridos (EEUU: 35,23 dm³, RU: 36,37dm³)

horas, crecí grande y fuerte y no me quejaba demasiado de la vida, con todo lo dura que era. Desde mis primeros años, vivir cada día era asunto de supervivencia. Así simplemente era. Parecía natural. Esta vida dura hizo de mi un superviviente. Desde entonces lo soy.

Me criaron en la religión cristiana y la religión tradicional india. Mi abuela creía en la religión tradicional india y también era católica. Todos sabían que si uno era católico, o al menos cristiano, recibía más ayuda oficial. Yo asistí a ambos tipos de servicio. Abuela en realidad no obtuvo el alivio espiritual que buscaba en la religión católica, de modo que nunca dejó de asistir a las ceremonias indias. Para problemas de salud, solía ir al curandero. Así fue como conocí la religión india. También conocí la religión católica, pero perdí la fe en ella a edad temprana. Debo de haber tenido unos nueve años. Recuerdo que pensaba que nunca podía ser un buen católico creyente; el catolicismo me parecía demasiado lejano y severo y desprovisto de bondad humana, al menos en lo que relacionado con los indios. No deseo criticar a los católicos; esa es solo la forma en que los veía un niño. Puede que en mis tiempos fueran mucho más severos que ahora. Tengo entendido que ha habido cambios con los años, no sé. Espero que así sea por el bien de los niños indios que aún están bajo el cuidado de la parroquia.

De todos modos, siempre me sentí más a mis anchas, más cómodo, con la religión india. Me hacía sentir que pertenecía a ella, que se me quería como indio, y también parecía amante y bondadosa y maravillosamente mística y unida a nuestra Madre la Tierra y a nuestro Abuelo el Cielo y a Wakan Tanka, el Gran Misterio. Y, en la tienda de sudar y en la Danza del Sol, enseñaba a hacer frente al dolor... algo que los blancos siempre se encargarían de que un indio tuviera bastante en su vida. Nuestros ancianos hablaban de las Instrucciones Originales dadas a nosotros por Wakan Tanka y cómo la primera de ellas era sobrevivir. Esos mismos ancianos nos enseñaron que no estamos aquí para conservar nuestra tradición, sino para vivirla. Esas lecciones de los ancianos me han sido muy útiles toda la vida. Las he necesitado con frecuencia y sin dudas seguiré necesiéndolas.

CAPÍTULO 17

Allá por 1950, en momentos bien duros en la reserva, mi abuelo llevó a la familia a Montana esperando hacer algo de dinero trabajando en la mina o en los campamentos madereros que allí había. Vivimos un tiempo en Butte donde, a los seis años, metí en problemas a todos al negarme a escapar cuando tres niños blancos se pusieron a tirarme piedras. “¡Regresa a tu casa, indio sucio!”, reían, usándome como un blanco que creían indefenso. Me acertaron varias veces hasta que tomé una piedra y la devolví para defenderme. Y que me maten si no le dio a uno directamente en la sien. Pude ver la sangre correr por su rostro mientras gritaba como si se fuera a morir. Me aterró.

Corrí a casa, me escondí debajo de la cama y recé y recé que no muriera. “¡Oh, que siga vivo! —recuerdo que lloraba—. ¡Que viva!” Al rato llegó un automóvil grande y lustroso y se detuvo frente a nuestra casita alquilada. Los automóviles grandes y lustrosos siempre significaban problemas para los indios. De él bajó una mujer gritando y chillando en forma descompuesta, advirtiendo que me haría internar en un reformatorio y llamando a mi abuela “perra estúpida” e “india sucia”, cosas así. Al marcharse, gritó que iba a la policía para que todo el “asqueroso montón de indios” fuera llevado a la cárcel.

Oí todo desde debajo de la cama, sin dejar de temblar. Cuando abuela entró y exigió conocer qué había pasado, yo tenía demasiado miedo para hablar. Solo me llevé la mano a la boca. Esa fue una de las pocas veces que abuelo me pegó; las palabras y una mirada dura solían bastar para mantener la disciplina en la familia. Pero esa vez abuelo me dio una verdadera paliza con una correa de caballo. Mantuve la mano sobre la boca todo el tiempo para no llorar y me pegó de verdad. Al fin le conté lo ocurrido. Movié la cabeza mientras las comisuras de sus ojos se llenaban de lágrimas y entonces me brindó su sonrisa más triste y me dio palmaditas en la cabeza. Dijo que no había hecho nada malo, pero que de todos modos no debí haberlo hecho, que no debí devolverles la pedrada. Debí haber pensado en la familia. Ahora tendríamos que empacar enseguida e irnos antes de que llegara la ley

y nos creara problemas. “No debes irritar a los blancos, hijo —dijo abuelo—. Se volverán en tu contra y te ganarán siempre. Así son.” Empacamos y regresamos a Dakota del Norte esa misma tarde. Nadie me reprendió por ello de nuevo. De hecho, mi hermana aplaudió y me declaró un héroe. “No es un héroe —repuso mi abuelo—. ¡Es un guerrero!” Eso me enorgulleció enormemente.

Después que abuelo murió de pulmonía cuando yo tenía ocho años, la vida se nos hizo verdaderamente dura. Mi abuela quedó sola. Apenas hablaba inglés, casi no tenía ingresos e intentaba criar a tres pequeños, a mí, a mi hermana y a mi prima Pauline. Yo trataba de llevar comida a la mesa con mi honda y me aparecía con alguna ardilla o con un ave pequeña que abuela utilizaba para dar sabor a sopas en otros sentidos vegetarianas. Nunca pude cazar un conejo con la honda, como los grandes y gordos que abuelo cazaba de cuando en cuando con su escopeta calibre 22 de un solo cañón para el maravilloso estofado de conejo de abuela. Dados los fríos inviernos de Dakota del Norte, el hambre era para nosotros un verdadero problema. No teníamos pan, leche, apenas cualquier otra cosa. Creía que el dolor persistente que tenía en la barriga era algo que uno sentía siempre.

Un día del otoño de 1953 llegó un carro oficial grande y negro y nos llevó al internado de la Oficina de Asuntos Indios de Wehpeton, Dakota del Norte. Recuerdo a abuela llorando en el umbral mientras veía cómo nos llevaban. No teníamos maletas, solo bultos. Lo primero que hicieron cuando llegamos allí fue cortarnos los cabellos, desnudarnos y empolvarnos con DDT en polvo. Creí que me iba a morir. Puedo decirles que ese lugar era muy, muy estricto, más un reformatorio que una escuela. Por la menor infracción le pegaban en las nalgas con una vara, incluso por mirar a alguien a los ojos. Se consideraba insubordinación tratar de relacionarse con otra persona como ser humano.

Veo mis años en Wahpeton como mi primer encarcelamiento y fue por el mismo delito que todos los demás: por ser indio. Teníamos que hablar inglés. Si nos veían hablar nuestra lengua, nos pegaban. De todos modos lo hacíamos. Nos escurríamos detrás de los edificios, del mismo modo que lo hacen los chicos hoy para fumar detrás de la escuela, y hablábamos en indio. Supongo que ahí fue que me convertí en un “delincuente empedernido”, como me llama el FBI. Y pudiera decirse que la primera infracción en mi carrera delictiva fue hablar mi propia lengua. ¡Ahí tienen un acto de violencia!

CAPÍTULO 18

Después de graduarme de Wahpeton en 1957, fui a Flandreau, en Dakota del Sur, donde terminé el noveno grado. Entonces regresé a casa en la reserva de Turtle Mountain, adonde mi padre había regresado a vivir. Supongo que me estaba convirtiendo en un adolescente bastante normal. Deseaba un carro y lo construí con piezas de re-
puesto. Adquirí tanta destreza que más tarde, en Seattle, me metí a chapista.

De joven adolescente en la reserva asistí a muchas reuniones y ceremonias religiosas, pero también fui a bailes escolares en que casi todos eran blancos y escuché mucho rock en la radio: Elvis, los Everly Brothers, Buddy Holly eran algunos de mis favoritos. Me atraían ambas culturas. Me encontraba extendido entre ellas y, como muchos de mis hermanos indios, por las contradicciones y conflictos entre ambas que veía en el mundo exterior y sentía dentro de mí casi me deshacían.

Esto fue en los últimos años del gobierno de Eisenhower, cuando el Congreso aprobó una resolución que firmó el Presidente de “terminar” con todas las reservas indias y “reubicarnos” fuera de nuestras tierras y en las ciudades. Estas pasaron a ser de repente las palabras más importantes, más temidas, de nuestro vocabulario: “terminar” y “reubicar”. Puedo pensar en pocas palabras más siniestras en la lengua inglesa, al menos para los indios. Supongo que los judíos de Europa deben haber sentido otro tanto con palabras nazis como “solución final” y “reasantamiento en el Este”. Para nosotros, esas palabras eran un ataque a nuestra propia existencia como pueblo, un intento de erradicarnos.

Se nos presentó una opción: reubicarnos o morirnos de hambre. Más tarde, decisiones de los tribunales declararían por entero ilegal esta política obligatoria, como lo era, pero en aquel momento esto no nos valía de nada. Rogamos al gobierno que nos permitiera permanecer en nuestra tierra y creara algún empleo en la reserva, como había prometido hacer, pero todo fue en vano. Aquellos a los que acudimos en pos de ayuda, la Oficina de Asuntos Indios, eran los últimos, al

parecer, con intención de ayudarnos. No es accidental que la Oficina se fundara en el siglo XIX como parte del Departamento de Guerra. Hoy sigue llevando a cabo una guerra contra nosotros.

Para aplicar su inhumana política, a fines de los años cincuenta el gobierno federal retiró la ya magra asignación de alimentos y bienes de consumo a la reserva... el “pago” lastimeramente poco que nos habían prometido en los tratados para recompensarnos por todo el continente vasto y sagrado que habían robado. El hambre era lo único que abundaba; sí, había hambre para todos. Cuando las madres frenéticas llevaban a sus hijos con las barrigas hinchadas a la clínica, las enfermeras sonreían y les decían que solo tenían “gases”. Una niña que vivía cerca de nosotros en la reserva murió de desnutrición. Me suena igual que “terminación”.

En realidad, la “terminación” no era nada nuevo en las relaciones entre rojos y blancos. Desde 1492 habían estado intentando terminar con nosotros. Siempre habían querido librarse de nosotros y supongo que nunca dejarán de hacerlo. Se ofreció dinero a los indios para que dejaran las reservas y pasaran a ciudades como Minneapolis, Milwaukee, Cleveland, Los Ángeles y Chicago, donde nos esperaban todos esos maravillosos barrios bajos y cuadras miserables. Con la reserva bajo amenaza de terminación, había gran limitación en la vivienda. Nuestras tierras eran alquiladas a rancheros blancos e intereses mineros o el gobierno de los Estados Unidos se las anexaba. Mi familia, como muchas otras, terminó sin lugar donde vivir. Se nos sacaba de la reserva para que fuéramos a los “guetos rojos” urbanos recién surgidos a los que el gobierno tenía interés en enviarnos. A veces íbamos de la casa de un pariente a la de otro, a veces dormíamos en el carro.

Tenía yo unos catorce años en aquel momento. Mi papá, que había vuelto a vivir con nosotros, había comenzado a asistir a las reuniones comunales de la reserva para debatir la decisión oficial de poner fin a Turtle Mountain. Yo lo acompañaba a esas reuniones, más para comer los pocos bocadillos que servían en esas ocasiones que para escuchar debates políticos. Pero en una de ellas se me ocurrió escuchar un poco para cambiar y algo comenzó a moverse dentro de mí... incluso más adentro que el hambre de mi vientre. Algunas mujeres lloraban en alta voz diciendo que tenían en casa hijos que pasaban hambre. Una señora ojibway prima mía —siempre lo recordaré— se puso en pie con ira y preguntó en tono alto, emocionado, lagrimeante: “¿Dónde están nuestros guerreros? ¿Por qué no se ponen en pie y luchan por su pueblo hambreado?”

Esto envió vibraciones eléctricas de mi cuero cabelludo por la columna vertebral hasta la planta de mis pies. Fue para mí como una revelación... que hubiera algo meritorio que pudiera uno hacer por su vida, algo más importante que llevar su vidita egoísta día a día. Sí, había algo más importante que el pobre miserable ser propio: el *Pueblo*. ¡Podía uno ponerse en pie y luchar por él! Eso era algo que nunca había aprendido en la escuela o escuchado en la radio. En la escuela y en la sociedad en general solo había aprendido que ser indio era algo de lo que debía avergonzarme, algo que debía echar a un lado por mi propio bienestar. La consigna oficial era “¡Mata al indio para salvar al hombre!” Y aquí estaba esta mujer desafiándome hasta las raíces de mi ser con el concepto de *Pueblo*. Sí, el Pueblo, el Tiospaye, como los lakota llaman a la familia ampliada y, por extensión, como llegaría yo a ver años después, a *todo* el pueblo indio, a todos los pueblos indígenas, a todos los seres humanos de buen corazón. Juré en ese preciso momento que me convertiría en guerrero y que siempre trabajaría para ayudar a mi pueblo. Es un juramento que he hecho todo lo posible por cumplir.

Por aquel tiempo, renové mi interés en la religión india y en el Modo de Vida Indio tomando parte en ceremonias y sintiendo que había un eco en las profundidades de mi ser. Una noche de 1958, me escapé con unos pocos amigos a presenciar la Danza del Sol en Turtle Mountain, que se celebraba en secreto porque se realizaban excoriaciones, lo que en aquellos tiempos era ilegal. Vimos de cerca a unos cuantos de los que participaban en la danza con riachuelos de sangre corriéndoles por el pecho. Me impresionó que nadie gritara, chillara o gimoteara. Se les veía fieramente orgullosos; los envidiaba y juré que algún día participaría en la Danza del Sol. Entonces, la policía de la Oficina de Asuntos Indios nos arrestó a mí y a mis amigos cuando salíamos del terreno de la Danza del Sol. Decían que estábamos borrachos —lo que era por completo falso— y nos hicieron pasar la noche en la cárcel. Tenían miedo de arrestar a los participantes en la danza, quienes sin duda ripostarían, pero ahí estábamos los adolescentes y éramos indios, ¿por qué no arrestarnos? Y así lo hicieron. Ahí estaba yo, sin haber cumplido los quince años, recibiendo experiencia de primera mano de cargos criminales falseados por el gobierno. Comencé a comprender que mi verdadero delito era sencillamente ser quien era: un indio.

De modo que hablar mi lengua fue mi primer delito y practicar mi religión, el segundo. Cuando ese invierno me arrestaron también por sacar combustible diesel de un camión de la reserva del ejército para calentar la casa helada de mi abuela, me enviaron un par de semanas

a la cárcel. Esa fue la primera vez que estaba preso. De modo que mi tercer delito fue tratar de evitar que mi familia se helara. En lo adelante se me consideraría “incorregible”. Mi carrera de “delincuente empedernido” ya estaba lanzada.

Pensé trabajar en la cosecha de papas para tener dinero con que comprar ropa y regresar a la escuela, pero en 1958 se produjo una helada a principios de septiembre y luego una tormenta de nieve que acabó con los cultivos. No había trabajo, no había dinero. El invierno llegaba con fuerza. No había forma de regresar a la escuela. No tenía más que harapos.

Recuerdo que desarrollé un interés creciente en arte indio, sobre todo pintura. Todavía pequeño había encontrado una navaja en la basura, la había afilado y había comenzado a tallar piezas de madera, estatuillas de búfalos, perros y aves, cosas así. Aprendí a dibujar antes de leer y escribir y el dibujo era para mí una forma de comunicación. Recibía sobresalientes en las clases de arte en la escuela. Me impresionó en especial un hombre que conocí en la Reserva Fort Totten que iba por las casas pintando retratos a cambio de alojamiento y comida. Me fascinaba su estilo de vida y la forma en que se comunicaba con las personas por medio de su arte. Decidí que ésa sería la vida más maravillosa, andar viajando ganándome la vida como artista.

Soñador como era, escribí a una escuela de arte de la que había oído hablar en Santa Fe e intenté que me concediera una beca. Cuando me la negaron, traté de nuevo. Lo intenté otra vez un poco más tarde. La misma respuesta: *no*. Muchas veces me pregunto cómo hubiera sido mi vida si hubiera recibido esa beca.

